

## Por qué los “intereses estratégicos” de Europa están escritos sobre la arena

[www.360geopolitica.org](http://www.360geopolitica.org)

En medio de un panorama global en constante cambio, Bruselas insiste en que proteger los “intereses europeos” es su prioridad absoluta –especialmente al posicionarse frente a Estados Unidos–. Sin embargo, atrapados en su propia burbuja burocrática, los funcionarios de la UE pasan por alto un fallo fundamental: han fracasado por completo a la hora de definir cuáles son realmente esos intereses. Este vacío intelectual ha engendrado una política exterior caracterizada por una flagrante hipocresía, una ceguera selectiva y una parálisis estratégica.

Estas contradicciones son sistémicas y devastadoras. Durante décadas, Alemania priorizó el gas y el petróleo rusos baratos por encima de la seguridad nacional de Ucrania y Europa del Este, lo que plantea la pregunta de a qué intereses se estaba sirviendo realmente. Del mismo modo, cuando las capitales europeas privilegian las relaciones diplomáticas con los ayatolás en Irán y los terroristas de Hezbolá por encima de la libertad básica del pueblo iraní, o cuando las decisiones políticas de la UE terminan empoderando a Hamás a expensas de la población palestina, la brújula moral del bloque se pierde por completo.

Si miramos hacia África y Asia, el vacío estratégico no hace más que ampliarse. En Sudán, los legisladores europeos pasaron años mirando hacia otro lado mientras sus estrechos socios comerciales en el Golfo avivaban una guerra devastadora al respaldar a las abusivas Fuerzas de Apoyo Rápido, prefiriendo lucrativos lazos comerciales antes que detener una hambruna provocada por el hombre. En Asia, la contradicción está paralizada por diseño: Bruselas califica oficialmente a Pekín de “rival sistémico” mientras los Estados miembros se desviven activamente por asegurar inversiones chinas en tecnología verde. Esta dependencia ciega de las cadenas de suministro chinas abandona de facto a Taiwán a los caprichos de Pekín, ignorando por completo los principios fundamentales de la Carta de la ONU.

Esta traición es igualmente evidente en América Latina, donde Estados miembros de la UE como España, Portugal y Suecia priorizan sistemáticamente la simpatía ideológica y el comercio por encima de la solidaridad democrática. Las capitales europeas toleran el saqueo sistemático de Venezuela por parte del régimen de Chávez-Maduro, a menudo con la complicidad activa de Madrid, mientras miman a la Cuba de los Castro y a la Colombia de Gustavo Petro a expensas directas de sus ciudadanos.

Bruselas apenas pestañeó cuando Petro fue elegido en 2022, a pesar de que literalmente un millón de votos se emitieron a punta de pistola, y ha permanecido aún más silenciosa ante las elecciones de Colombia de 2026, donde el movimiento de Petro se aseguró casi cuatro millones de votos bajo una evolución altamente sofisticada y tecnológica de la coacción armada del “voto-fusil”. En última instancia, Bruselas habla sin cesar de

“autonomía estratégica” en una nueva era geopolítica, pero sus acciones revelan un peligroso vacío moral y estratégico. Bajo presión, la única política exterior coherente de la UE es un reflejo automático de oposición a los Estados Unidos.

Carece de la determinación para enfrentarse a Rusia, teme perturbar los lazos comerciales con Irán e ignora deliberadamente a un régimen colombiano que inunda las calles europeas con cocaína, madera ilegal y oro de sangre. Al elegir la conveniencia a corto plazo sobre la claridad estratégica a largo plazo, la Unión Europea ha cambiado su autoridad moral por la irrelevancia global.

En conclusión, la política exterior de la Unión Europea ya no se guía por una gran estrategia, sino por una serie de compromisos transaccionales disfrazados de postura moral. Al negarse a definir sus verdaderos intereses estratégicos, Bruselas ha permitido que la codicia económica a corto plazo y la cobardía geopolítica dicten sus acciones en el escenario mundial. El resultado es una Unión estratégicamente ciega, moralmente comprometida e increíblemente irrelevante: una entidad que se opone ruidosamente a su aliado más cercano, los Estados Unidos, mientras capitula silenciosamente ante los autócratas más brutales del mundo.

Para escapar de este declive autoinfligido, Bruselas debe abandonar de inmediato la ilusión de la “autonomía estratégica” como un mero reflejo antiamericano y, en su lugar, construir una doctrina geopolítica firme y alineada con sus valores. Esto significa establecer una política de tolerancia cero hacia los Estados miembros que miman a regímenes hostiles –ya sea asegurando inversiones chinas en tecnología verde, facilitando el terrorismo iraní o ignorando el fraude electoral armado en Colombia– y vincular directamente el comercio, la ayuda y las relaciones diplomáticas de la UE a una métrica estricta y no negociable de seguridad e integridad democrática.

Concretamente, esto exige que la UE imponga una estricta rendición de cuentas interna. Cuando ciertos Estados miembros rompan filas para complacer a regímenes beligerantes, Bruselas debe ejercer una presión real y material. Debe condicionar el acceso al presupuesto multimillonario de la UE y a los fondos estructurales directamente al alineamiento con la política exterior, estableciendo de manera efectiva un “mecanismo de condicionalidad” geopolítico.

Los Estados miembros que eludan las sanciones colectivas, faciliten activamente a los autócratas o prioricen dividendos comerciales unilaterales con naciones y entidades hostiles deben enfrentarse a la amenaza inmediata de la suspensión de sus derechos de voto y la congelación de los fondos de recuperación. La solidaridad europea no puede seguir siendo una calle de sentido único donde las capitales cosechan los beneficios económicos de la Unión mientras socavan activamente su seguridad colectiva y, peor aún, la seguridad de otras naciones en todo el mundo.

360° Geopolítica.